

Las publicaciones que la editorial Anagrama ha remitido a DICENDA muestran, como por azar, una interesante variedad que se deja ordenar en dos sistemas binarios. Por ejemplo, obras de autores consagrados (Sánchez-Ostiz, Tomeo, Pombo) y obras de jóvenes o principiantes en el arte del relato (Gistaín, Serra); o también, atendiendo a criterio de orden más interno a las ficciones mismas, novelas de empeño y trazo largo (las de Sánchez-Ostiz y Serra) frente a relatos breves (Tomeo, Gistaín) o colecciones de cuentos (Pombo). Claro que esto apenas cubre un aspecto descriptivo y complementario de un fenómeno literario y editorial. Queda todavía por presentar, desde aquí, la realidad de las obras y el interés que puedan suscitar en el lector.

Mariano Gistaín (Barbastro, 1958) es colaborador literario en una cadena de periódicos y ha publicado antes una colección de relatos. Esta novela, *La mala conciencia* (Barcelona: Anagrama, 1997, 136 pp.) es, según parece, la primera, y se presenta como una desenfadada narración entre el sarcasmo crítico y la ciencia-ficción que pone en cuestión no sólo el sentimiento de culpa, la mala conciencia, sino la conciencia misma, el conjunto de sentimientos inducidos socialmente y aun la identidad del individuo. Pero todo ello desde un planteamiento exterior, deliberadamente reducido a burla. Así, el relato adopta convenientemente un estilo plano, simple, organizado en breves secuencias que proyectan bien ese rasgo de aparente improvisación y desenfado que quiere ser destructor de convenciones, aun las del mismo género elegido.

Berta Serra Manzanares (Rubí, Barcelona, 1958) ha querido trazar, con prosa densa, uniforme, un relato en que se contiene medio siglo de la vida de una familia que emigra desde el campo murciano a la tierra prometida de Brasil (excepto una joven que mantendrá la continuidad en la tierra de origen). Para ello adopta una perspectiva más panorámica y relato en tercera persona. Esta autora ha publicado también un libro de poesía en la Colección Adonais y se presenta ahora como una escritora con ambición y fuerza para llevar a cabo un empeño sólido. Su novela aquí reseñada, *El otro lado del mundo* (Barcelona: Anagrama, 1997, 314 pp.) fue finalista del Premio Herralde, concedido por esta editorial.

También con impulso decidido a novelar un mundo complejo, real y fantástico, que abarca el cruce de tiempos pasados y presentes, con tono lírico y dramático, evocador y crítico, aparece Miguel Sánchez-Ostiz (Pamplona, 1950) en *No existe tal lugar* (Barcelona: Anagrama, 1997, 273 pp.) que mereció el Premio de la Crítica de este año. Novela de considerable fluidez verbal, a la que el autor se entrega, relata en primera persona las relaciones de un joven (obligado a pasar una temporada con sus abuelos y tíos en el campo) desde un

presente de adulto escéptico y fracasado, al que queda un atisbo de ilusión en el mito o utopía de las Islas Flotantes, ese lugar que no existe, que se remite a la vez a la infancia y a la casa familiar perdida, metáfora interior al relato de ese lugar buscado siempre y siempre perdido.

Javier Tomeo (Quicena, Huesca, 1932), autor ya bien conocido y reconocido, que publica desde finales de los años sesenta, está ahora presente con dos obras, relatos breves como suele preferir. La primera, *Diálogo en re mayor* (Barcelona: Anagrama, 1998, 143 pp. 1ª ed., 1980) es una afortunada reedición de un texto que, en adaptación teatral, ha sido representado en escenarios de Madrid, Barcelona, Hamburgo o París. Aunque admite haber realizado algunos «reajustes lógicos» en el texto, después de tantos años, la estructura básica es la misma: una compleja, reiterada, obsesiva relación de dos personajes (opuestos) a través del laberinto de la palabra, en un ambiente cerrado y exclusivo: un tren en marcha, del cual son los únicos ocupantes. En esa larga conversación y en el aspecto inquietante de los hablantes encontramos los rasgos de humor negro, absurdo, tendencias delirantes en una situación crecientemente grotesca. Y todo ello acentuado por la perspectiva parcial e ingenua de la primera persona del narrador.

Ese mismo procedimiento, que permite manejar irónicamente la voz narrativa en primera persona, a la vez inocente, perspicaz y desplazada, se emplea en *El canto de las tortugas* (Anagrama: Barcelona, 1998, 200 pp.), compuesta a modo de diario de un extraño y enajenado que se instala en un pueblo y manifiesta su capacidad y habilidad para hablar con los animales, en un proceso cada vez más delirante y ridiculizado por otros personajes. Desde esa inofensiva locura se percibe una desolada visión del mundo, de los engaños, burlas e insatisfacciones que no tiene otro resultado posible que la expulsión de ese ser, anormal y problemático, que comienza inventándose su propio calendario (que la naturaleza y los demás habitantes del pueblo se niegan a seguir).

De Álvaro Pombo (Santander, 1939) se ha dado ya cuenta en estas mismas páginas con motivo de obras anteriores. Este libro, *Cuentos reciclados* (Barcelona: Anagrama, 1997, 170 pp.) recoge hasta once relatos, cinco de ellos editados anteriormente y seis que aparecen por primera vez. Antecede a esta colección un prólogo, con estilo aparentemente trivial y desenfadado, pero realmente ilustrativo, del autor, en especial por las comparaciones entre *Relatos sobre la falta de sustancia* (1977) y estos *Cuentos reciclados*, y por explicaciones como «en estos cuentos de ahora el autor jamás se encoge de hombros ante el destino de sus personajes...» Los cuentos mantienen, sin duda, un alto grado de tensión e interés narrativos, pero tal vez los más memorables sean aquellos en que se mantiene una inquietante ambigüedad en relación con la ética: por el lado de la falsedad o de la falsificación vital, como en «Luengas mentiras» (próximo a *El metro de platino iridiado*) o en «Alma Mater». O por el lado que cuestiona los límites entre el fracaso, la falsedad o el error existencial, como en «El atropello de don José Maza López», de tan concreta y actual ambientación estudiantil.

José PAULINO